

REVISTA NUEVA: VOCES Y ECOS DE UNA FUTURA GENERACIÓN

JOSÉ BELMONTE SERRANO
Universidad de Murcia

A Pascual Ballesta, por su generosidad

RESUMEN:

Revista Nueva, publicada en 1899, recogió las inquietudes no sólo literarias, sino también sociales e ideológicas de una joven generación en un momento de crisis personal y colectiva: Maeztu, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán y el futuro *Azorín* reflejan en sus colaboraciones el estado de vacilación de toda una época de España.

ABSTRACT:

Revista Nueva, published in 1899, collected not only the literary worries, but also the social and ideological of a young generation in a moment of personal and collective crisis: In their collaborations, Maeztu, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán and the future *Azorín* reflect the state of vacillation of a whole period in Spain.

PALABRAS CLAVE:

Revistas literarias, *Revista Nueva*, Crisis Fin de Siglo, Maeztu, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, *Azorín*

KEYWORDS:

Literary journals, *Revista Nueva*, End of century Crisis, Maeztu, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, *Azorín*

Revista Nueva comenzó a publicarse el 15 de febrero de 1899. Su vida –effímera, como la mayoría de las revistas que en el mundo han sido- no se prolongaría más allá de ese mismo año, si bien es preciso dejar constancia de que su periodicidad decenal nos ha proporcionado un amplio corpus que en la edición facsímil que hemos manejado ha dado lugar a dos tomos bien nutridos, magníficamente editados y prologados por José Carlos Mainer.

Revista Nueva fue fundada por Luis Ruiz Contreras, autor de muy segunda fila, nacido en Castelló de Ampurias, provincia de Gerona, en 1863. Ruiz Contreras celebraba todos los miércoles una tertulia literaria en su propio domicilio –en el número 24 de la madrileña calle de la Madera, muy cerca de la sede del diario *El País*, donde llegaron

a colaborar muchos de los escritores a los que nos vamos a referir- a la que solían acudir los autores españoles e hispanoamericanos de fin de siglo más destacados. En esta animada y heterogénea tertulia cristaliza la idea de fundar una revista literaria. En el número 13 de *Revista Nueva* se dio a conocer la lista de redactores de la misma, que debe entenderse, como explica José Carlos Mainer, “como el fruto de compromisos personales, intentos de halagar posibles mecenas y simples deseos de aparentar entusiasmos redaccionales” (25-26). En esa lista figuraban los nombres de José María Matheu, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y José Lasalle. Entre los colaboradores americanos aparecían citados Amado Nervo, Leopoldo Lugones y Manuel Díaz Rodríguez, entre otros.

El propio José Carlos Mainer se hace eco de la circunstancia de que en *Revista Nueva* no se refleje lo que política y socialmente está sucediendo en ese instante en España a excepción de algunos textos de Ramiro de Maeztu. Este dato resulta aún más llamativo si tenemos en cuenta el período turbulento por el que atraviesa el país. En marzo de 1899, poco después de la aparición del primer número de *Revista Nueva*, se constituía el gobierno conservador, presidido por Francisco Silvela, que cerraba la crisis abierta por la dimisión del gabinete liberal de Sagasta. El intento, en plena efervescencia regeneracionista, fue bien recibido, pero Silvela, más teórico que político práctico, tropezó con grandes dificultades y prefirió retirarse mucho antes de lo previsto.

Ramiro de Maeztu, en el número 3 de *Revista Nueva*, correspondiente al 5 de marzo de 1899, habla abiertamente de parálisis nacional, de atrofia intelectual de la opinión, y de la gran penuria por la que atraviesa la prensa española, con unos periodistas «condenados a hacer política menuda, aunque se queden sin lectores», al tiempo que cuestiona el sistema llamado “turno de partidos”: “Por el contrario, ¿no sería factible la permanencia ilimitada de un mismo gobierno?...¿No se lograría con ella la moralización del Estado y su abaratamiento?” (I, 111).

En el primer número de *Revista Nueva*, que, dicho sea a modo de anécdota, se vendía al precio de 50 céntimos el ejemplar, encontramos en sus páginas preliminares un epílogo y, a continuación, una especie de manifiesto titulado “A la juventud intelectual”. En el “Epílogo” “de tristezas y esperanzas”, se deja constancia de que “esta obra se ofrece a los humildes y confía obtener las atenciones de los gloriosos”; un propósito, como tendremos ocasión de comprobar, demasiado ambicioso y difícil si tenemos en cuenta que *Revista Nueva* sirvió de palenque para las disputas y duras críticas dirigidas, principalmente, contra los “gloriosos”, contra autores como Clarín, que era, sin lugar a dudas, tras la publicación de *La Regenta*, uno de los más destacados –que no respetados- de la época a la que nos estamos refiriendo. En el citado manifiesto titulado, como indicábamos, “A la juventud intelectual”, y firmado por “Nosotros”, se lleva a cabo toda una declaración de intenciones y el propósito, no excesivamente claro, de ocupar una determinada posición con respecto a generaciones anteriores:

Pertenece a la generación que fue pisoteada por los triunfadores engréidos; ganando el poder a la sombra de inocentes libertades, nos impusieron su ciega tiranía, que los hace odiosos. Ni pudimos luchar contra ellos, bien guarecidos ya en altas posiciones. Cuando mueran esos imbéciles caducos, tampoco lucharemos contra vosotros.

Educados en la escuela del sufrimiento, aprendimos la resignación y la piedad. Nos falta egoísmo para oponernos a vuestra gloria. No somos la Juventud, y todo lo esperamos de la Juventud; no somos jóvenes, pero tampoco somos de los que disimulan sus arrugas y su palidez con pastas y colorete. Cogemos la bandera, para depositarla en los altares de la Juventud, cuando vuestra voz nos guíe.

Lucharemos por vosotros, mientras vosotros calléis; pero en cuanto aparezcan vuestra pluma y vuestra espada, soltaremos para siempre la espada y la pluma (3)

En el número 7 de *Revista Nueva*, correspondiente al 15 de abril de 1899, Ramiro de Maeztu, en su texto titulado “En la charca”, hace balance de lo que ha dado de sí la escena teatral y la producción literaria en España durante el último año. En este último apartado destaca, únicamente, *La barraca*, de Vicente Blasco Ibáñez, y a Galdós que “ha reincidido en sus *Episodios*”: “Y nada más... Los restantes son esbozos de libros, rellenos con larvas de ideas, con recuerdos de recuerdos, con páginas de vigor intermitente; total: hollín, basura, escoria” (311).

Leopoldo Alas Clarín fue el autor criticado con más fiereza –acaso con menor fundamento– en *Revista Nueva*. La primera de estas críticas tiene lugar en el número 25, correspondiente al 15 de octubre de 1899. El comentario viene firmado por Ramiro de Maeztu, quien se hace eco de la aparición de *Madrid Cómico* en el que colabora Clarín. De entre los antiguos, Maeztu salva a Valera, Dicenta, Galdós y Rueda, expresando a continuación: “¿Es que las obras de todos los restantes pueden compararse con la de ese Jacinto Benavente, contra quien dirige sus tiros de manera insidiosa el crítico asturiano?” (II, 50).

El crítico asturiano –“crítico cominero”, es decir, insignificante, de escaso valor, le llama Maeztu– no era otro que Clarín. Ramiro de Maeztu reconoce que, a pesar de todo, hay en Clarín “un espíritu curioso, reflexivo, leído, de verdadera altura, que por desgracia sólo de tarde en tarde se muestra tal como es y se complace en emplear armas de mala ley, bien porque un falso instinto de conservación le predispone contra la avalancha literaria que de donde quiera va surgiendo, bien (...) porque es más fácil, mercantilmente hablando, dar valor a la firma haciendo chistes y arranchando a túrdigas el pellejo del prójimo, que no es mostrando al ignorante público cómo ha de leer un libro” (II, 51). En este sentido, hay que manifestar que en uno de sus trabajos recientemente recopilados por Antonio Vilanova, este profesor e investigador nos venía a recordar el silencio y la cautela con la que Clarín elaboró *La Regenta* para evitar los prejuicios de la crítica. Con todo, un autor que durante tantos años había estado realizando –con mayor o menor

fortuna, pero de manera casi siempre severa- la labor de crítico literario, una vez aparecida *La Regenta*, tuvo que someterse a los rigores, veleidades e insultos de quienes se habían sentido agraviados anteriormente por la acerada pluma del escritor asturiano.

Alguien que firma como “Anónimo” es el autor de los artículos titulados “Los funerales de Clarín” y “Clarindustrial”, aparecidos en el número 2 y 26 de *Revista Nueva* respectivamente. En el primer caso se trata de una reseña de los “Lunes” de *El Imparcial* donde colabora Clarín con una “Crónica literaria”. Resulta obvio que el objetivo del anónimo autor de estas páginas de *Revista Nueva* es, principalmente, ridiculizar el papel del autor de *La Regenta* y, sobre todo, su modo tan particular de afrontar su oficio de crítico literario: “De todo lo que decía Clarín apenas quedará memoria. El nombre de Clarín va ligado a todo lo pasajero; ni un solo juicio sintetiza ni pone de relieve la obra de un autor famoso. Cuando habla de los pequeños, logra entretener; cuando estudia obras de los grandes, no consigue interesar. Ninguno le debe un rasgo ni una revelación oportuna. Jamás profundiza en el carácter ni en el estilo, jamás hace vivir a sus autores”(I, 75). Todos ello induce a que el texto de *Revista Nueva* concluya del modo siguiente: “Clarín será de los infelices que presencian su entierro; ya le queda poca vida literaria; se defiende con furor, pero el furor no redime; muere poco a poco en la conciencia de los mismos que le admiraron; muere y deja en el corazón de los jóvenes una terrible angustia, un descreimiento espantoso, porque su crítica fácil y grosera, no ha creado nada y ha pervertido al público, enseñándole a juzgar y no sentir” (I, 75).

En el siguiente artículo, “Clarindustrial”, se continúa con este mismo tono duro y corrosivo. En esta ocasión se le acusa de arremeter contra Ramiro de Maeztu en su “palique” del número 3 de *Madrid Cómico*. El anónimo autor de este texto ataca a Clarín con argumentos que nada tienen que ver con su crítica, sino, antes bien, con cuestiones personales: “Nosotros no cobramos como Clarín, pero sabemos todo lo que hace nuestro ilustre catedrático para cobrar. Cosa muy loable y digna. El Ministerio de Hacienda es lo primero. ¿Dónde se originaron las desventuras nacionales? En los desarreglos de Hacienda. Clarín atiende a los ingresos y evita que su casa padezca descabros parecidos a los de su nación. Bien hecho; pero él, que reniega de los frailes, hace mal cuando pretende cobrarnos diezmos y primicias” (II, 121).

Ni siquiera para los propios colaboradores de *Revista Nueva* existió tregua alguna. Ni siquiera ellos o sus obras se libraron de ser duramente criticados en las páginas de esta publicación decenal. El primero en sufrir la ira en sus propias carnes fue Ramiro de Maeztu. ¿El hostigador de turno?: Pío Baroja, quien en la sección “Libros y folletos” del número cuatro lleva a cabo la reseña de la obra de Maeztu *Hacia otra España*. Hay que advertir de antemano que don Pío se centra únicamente –o casi- en el contenido del recién aparecido libro de Maeztu, lo cual no evita que confiese, a modo de conclusión, las siguientes palabras:

Yo que no pienso y casi podría añadir, que ni quiero ser nada en la vida, miro a Maeztu como un paralítico podría mirar a un gimnasta, me asombra su decisión, su acometividad, su entusiasmo y su fuerza, pero no le sigo. Es más; el día en que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio con sus máquinas odiosas, sus chimeneas, sus montones de carbón, sus canales de riego; el día en que nuestros pueblos tenga las calles tiradas a cordel, ese día emigro, no a Inglaterra, ni a Francia... a Marruecos o a otro sitio donde no hayan llegado esos perfeccionamientos de la civilización (192).

Baroja resulta implacable, inflexible en sus apreciaciones. Como siempre. Baroja desmonta en unas cuantas líneas, quizá injustamente, las conocidas teorías regeneracionistas de Maeztu, haciéndoles frente no con otras propuestas, otras alternativas, sino con una actitud pasiva, casi de manos cruzadas ante el problema de España tras el desastre –aún reciente, aún palpable- del 98. Baroja, en esa misma reseña a la que nos venimos refiriendo, dice no comprender al pensador “que trata de meternos en el cerebro a martillazos una porción de ideas que aunque sean exactas nos molestan. De esta clase es Maeztu. Él siente la necesidad de la regeneración de la patria, anhelos de que España sea grande y próspera y nosotros, la mayoría, no sentimos ni esa necesidad ni esos anhelos” (I, 191).

Las poco edificantes y nada modélicas relaciones entre Maeztu y Baroja ocupan algunas de las más interesantes páginas de las *Memorias* de éste último. Don Pío no cuenta sino infortunios y detalles que desprestigian y ponen en entredicho la sabiduría de Maeztu. Recuerda que fue Maeztu quien le presentó a Galdós en el Teatro Español, si bien no es un detalle que estime, que se le quedara grabado en la memoria, sino el hecho de que Maeztu le dijera de él a Galdós que era un “hombre atravesado, que habla mal de todo el mundo y también de usted, don Benito” (I, 564-565). Baroja nunca pudo olvidar los reproches de Ramiro de Maeztu a su artículo sobre Nietzsche publicado en el primer número de *Revista Nueva*. Aunque Baroja confiesa en sus *Memorias* no haber leído por entonces al filósofo alemán sino “a base de lo que dice el escritor Max Nordau en su libro traducido del francés con el título de *Degeneración*” (I, 561), lo cierto es que don Pío le ajusta las cuentas a Maeztu recordando una anécdota que tuvo lugar en la casa de éste con Camilo Bargiela y el propio Baroja como testigos: “Maeztu vivía con una chica de Bilbao. Tenía un cuarto con un balcón y una cama. Cuando se levantó y fue a lavarse, Bargiela, que era curioso, estuvo mirando los libros, y por malicia cogió dos ejemplares de dos obras de Nietzsche, una de ellas *Así habló Zaratustra*. Un nietzscheano, tan entusiasta como Maeztu era entonces del pensador alemán, resulta que de estos dos libros de su héroe y de su profeta no había abierto más que cuatro o cinco páginas” (I, 563).

En este controvertido y penoso capítulo de encendidas polémicas, de réplicas y contrarréplicas, tan frecuentes, por otra parte, en los periódicos y revistas literarias de esta beligerante época, quien se llevó la peor parte fue el escritor de Monóvar José

Martínez Ruiz, quien aún, por este tiempo, no firmaba sus escritos con el pseudónimo de Azorín. De Azorín y sus colaboraciones –no muchas, pero ciertamente interesantes– en *Revista Nueva* tendremos ocasión, siquiera brevemente, de hablar más adelante. Lo que conviene reseñar aquí es el hecho de que fuera criticado tan duramente, sin piedad, desde dos importantes frentes: el profesional y el literario.

En el número ocho de *Revista Nueva* (25 de abril de 1898), Palmerín de Oliva (pseudónimo, al parecer, del propio Ruiz Contreras, según afirma José Carlos Mainer en el estudio preliminar de su edición de la revista), en su artículo titulado “Evolución de la... cátedra (La evolución de la crítica)” denuncia las “secretas” intenciones de Azorín, instalado en Madrid desde noviembre de 1896. “Martínez Ruiz –leemos en este incisivo texto– vive sin saber que hay un mundo moral. Considera ‘bueno’ todo lo que puede servirle, y ‘malo’ todo lo que pudiera molestarle. Para Martínez Ruiz, la vida es una recta entre dos puntos: el estómago y una cátedra. Cuando me dicen que adula sin decoro y que hiere sin motivo, lo creo (...) Pero si dicen, ¡que no lo dirán!, si dicen que tuvo una idea noble o piadosa, y ‘absolutamente desinteresada’... Eso, que se lo cuenten a otro, no lo creo, aunque me lo juren” (382). Azorín es acusado de adular a dos conocidos e insignes profesores (Dorado y Altamira) para alcanzar su objetivo de ser catedrático. Azorín prefirió guardar silencio, no responder a Ruiz Contreras, y, de este modo, habría que esperar hasta uno de los últimos números de *Revista Nueva*, el 29, aparecido el 25 de noviembre de 1899, para encontrar una reseña, no demasiado elogiosa, firmada por P. Crespo del libro de Martínez Ruiz *Los hidalgos (La vida en el siglo XVIII)*. Aunque en dicha reseña se habla de algo que se convertiría en característico del futuro Azorín, su lenguaje conciso y plástico, el comentario a la citada obra concluye del siguiente modo: “Sin escasear el elogio, pues el intento lo merece, librémonos del diti-rambo y pongamos un signo de interrogación al valor positivo que implica *Los Hidalgos*. Fruto en agraz, habrá de sazonar merced a la laboriosidad y, sobre todo, a la sinceridad (aun a riesgo de contradicciones) de M. Ruiz” (II, 281-282).

La colaboración de mayor relieve en toda la revista fue, sin lugar a dudas, la de don Miguel de Unamuno. Los escritos que presenta el escritor vasco en *Revista Nueva* llevan el inconfundible sello de su primera etapa como escritor, de su etapa europeísta. 1899 es un año muy delicado para Unamuno; un año “clave” para el escritor, según José Carlos Mainer, puesto que “se vio atacado por algunos de sus antiguos seguidores y, aún sin romper del todo su progresismo izquierdista (...), sitúa sus miras y preocupaciones en otros campos, o, mejor aún, subordina aquéllas a su nueva idea de trascendencia religiosa” (43). Cuando comienza a colaborar en *Revista Nueva*, Unamuno ya había publicado *En torno al casticismo* (1895) y *La crisis del patriotismo* (1896), siendo, pues, un escritor ya conocido y apreciado en determinados círculos, si bien, por la contundencia de sus afirmaciones, comenzaba a granjearse sus primeros enemigos. En 1899 Unamuno firma una plaza a la cátedra de Filología Comparada del Latín y el Castellano

en la Universidad de Madrid, pero, finalmente, decide no realizar los ejercicios y quedarse a vivir en Salamanca.

Unamuno publica en *Revista Nueva* dos poemas, los titulados “El Cristo de Cabrera” y “La flor tronchada”, que habrían de ser incluidos en su libro *Poesías*, de 1907, y varios textos en prosa, entre los que destacan “De la enseñanza superior en España” y “Nicodemo el fariseo”. En Nicodemo (Número 29, correspondiente al 25 de noviembre), según apunta José Carlos Mainer, “Unamuno encarnó jirones aún vivos de su reciente crisis: su abandono del marxismo y de lo económico como motor del comportamiento humano; su arrepentimiento de la ‘enfermedad intelectual’ y su búsqueda de una certeza intuitiva y vital y, en forma no menos importante, su personal y ya inamovible temor de seguir siendo otro Nicodemo, pese a la profundidad de la sacudida de 1897” (42).

“De la enseñanza superior en España” comenzó a publicarse en el número 18 de *Revista Nueva* para concluir, después de ocho entregas, en el número 25. Para Mainer lo más original del trabajo unamuniano se halla en la quinta entrega. En la misma, el escritor vasco, con su tono habitual y su acostumbrada arrogancia, arremete contra el sistema de especialización de los alumnos universitarios: “Creo (...) que cuando uno de los llamados especialistas hace de veras progresar la ciencia, es por ser un enciclopedista de lo especial, un filósofo que ve el universo todo en una gota de agua” (II, 166).

De no menor interés son sus apreciaciones sobre la enseñanza pública en España y el problema de los maestros de primera enseñanza. Para Unamuno, los españoles no estaban convencidos aún del valor de la enseñanza pública, al tiempo que propone una importante reestructuración para el reciclaje de los maestros de primera enseñanza, los más olvidados de todo este escalafón educativo: “Vive además el pobre maestro de escuela encerrado en un terrible círculo vicioso; no se le paga más ni mejor porque no lo merece, y no lo merece porque no se le paga. Como no tiene ciencia no tiene sueldo, y por no tener sueldo no tiene ciencia” (II, 835-836). En la última entrega de su extenso ensayo, Unamuno apuesta por una Universidad mucho más práctica, más efectiva, con mayor proyección, con resultados mucho más tangibles; una Universidad más cercana al pueblo, más en consonancia con la sociedad que la mantiene en pie con sus impuestos. “La Universidad –escribe don Miguel- debe ser ante todo escuela de trabajo y templo de verdad”. Y añade a continuación: “¿Hace algo nuestra Universidad en pro del ‘conócete a ti mismo’ colectivo? ¿Ha iniciado sondeos o excavaciones o pesquisas en las vísceras de nuestro pueblo? ¿Ha instituido o fomentado siquiera nuestro *folklore*? ¿Investiga nuestro derecho consuetudinario? Lo poco que de tales labores y otras análogas aquí se hace débese a beneméritos y abnegados individuos, no universitarios todos, ni mucho menos; pero la Universidad, como cuerpo nada de eso hace. A lo sumo organiza centenarios, es decir, mascaradas y banquetes” (II, 61-62).

Menor relieve tienen los ensayos de Unamuno titulados “El socialismo de Castelar”, “Contra el purismo”, “Puesta de sol (Recuerdo del 16 de diciembre de 1897)” y “Sobre la dureza del idioma castellano”, artículo, por cierto, donde don Miguel apuesta por la influencia dialectal y de las hablas populares en el idioma castellano para evitar así su dureza, poniendo como ejemplo las poesías de *Aires murcianos*, de Vicente Medina.

Pío Baroja era, en el momento en el que comienza a colaborar en *Revista Nueva*, el escritor menos conocido entre todos los que forman parte de la nómina de esta publicación decenal. Aunque ya aparece su nombre en el primer número, su participación en la misma se ve interrumpida en mayo de 1899, debido, según el criterio de Mainer, a la enemistad con Ruiz Contreras, si bien, nos permitimos añadir nosotros, es probable que don Pío, muy listo siempre en tales negocios, sospechara de la inminente ruina de esta publicación, al tiempo que ya había comenzado a colaborar con asiduidad en otros periódicos y revistas como *El País*, *El Álbum de Madrid* y *La Voz de Guipúzcoa*. Baroja dedica página y media de sus *Memorias* a hablar de *Revista Nueva* y de los rasgos más destacados de sus redactores. Sólo salva a José María Matheu, al que califica de “excelente persona”, dispuesto siempre a trabajar y pagar. “Reparaz –añade a continuación– era un intrigante, que cambiaba de parecer cuando le convenía. Lasalle era un músico mediocre, que llegó a aparecer como un gran director de orquesta, y Ruiz Contreras ha sido un maquinador sempiterno, casi un maníaco, porque no se explica la maquinación en un terreno tan pobre, como el de la literatura” (I, 476).

En esta misma obra, en las *Memorias*, hallamos la razón principal por la que, a nuestro entender, don Pío abandona la compañía de Ruiz Contreras y la redacción-domicilio de la calle de la Madera: “Pagué yo dos o tres plazos de mi cuota de *La Revista Nueva*; llevé algún mueble y algunos grabados que procedían de la Sociedad de Acuarelistas, que estaba en mi misma casa, y que los habían abandonado, dejándolos en el patio hasta que me pareció una primada demasiado fuerte el tener que pagar por publicar artículos, pudiendo publicarlos en otro lado, por lo menos, gratis” (I, 476).

En el terreno de la ficción, la experiencia barojiana en *Revista Nueva* queda reflejada, de manera más o menos fiel, en su novela de 1901 *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, publicada un año antes, a la manera de folletín, en *El Globo*. De hecho, uno de sus trabajos en *Revista Nueva* lo firma con el pseudónimo de S. Paradoxa, en recuerdo, sin duda, del héroe de su novela. En su *Silvestre Paradox* aparece un pasaje tomado de la realidad y que tiene que ver con el arreglo de la redacción de *Revista Nueva*, a la que llevan muebles y cuadros para su decoración. En la aludida novela aparecen los hermanos Labarta, ejerciendo un oficio muy conocido por los Baroja: “Estos Labartas, así se llaman los dos panaderos –dijo Silvestre a Ramírez mientras esperaban–, son tipos bastante curiosos: uno es pintor; el otro, médico. Tienen esta tahona, que anda a la buena de Dios, porque ninguno de ellos se ocupa de la casa. El pintor no pinta; se pasa la vida ideando máquinas con un amigo suyo; el médico tiene,

en ocasiones, accesos de misantropía, y entonces se marcha a la buhardilla y se encierra allí para estar solo” (75-76). Los hermanos Labarta, que representan a don Pío y su hermano Ricardo, también escritor, pintor e inventor, terminan por venderles a Amancio Ramírez y Silvestre muebles para la redacción de una recién nacida revista semanal llamada *Lumen*. Una publicación que, en la ficción, correría igual suerte que *Revista Nueva*, prematuramente desaparecida por problemas económicos.

Al igual que Unamuno, Baroja incluyó, con algunas pequeñas modificaciones, la totalidad de sus textos aparecidos en *Revista Nueva* en sus *Obras completas* de 1948. Su trabajo publicado en el segundo número de *Revista Nueva*, titulado “Las vocales de colores”, donde don Pío, basándose en una experiencia personal, se pregunta si existe una relación entre las vocales y los colores, y si dicha relación es para todos siempre la misma o si difiere de un individuo a otro, dependiendo de su propia experiencia, tuvo cierta repercusión entre los lectores en forma de dos artículos, de dos réplicas: una del doctor Tolosa Latour, en el que éste nos avisa que “la cosa no es nueva”, remontándose a un conocido soneto de Rimbaud, y otra a cargo de Valentín Torrecilla quien, con toda suerte de detalles, alude a un experimento llevado a 500 personas, realizado por los investigadores alemanes Benler y Lehman respecto a las relaciones entre los sonidos y los colores, que ellos llaman *fonismo* y *fotismo*. Con todo, la cosa no pasó a mayores, si bien el doctor Tolosa expresa, no sin cierto tono de ironía, en su texto que después de lo apuntado por el joven Baroja, “sólo falta que venga otro decadente a decirnos a qué huelen las vocales” (I, 183).

De no menor interés es el texto de don Pío, aparecido en el número 9 de *Revista Nueva*, titulado “Sufrir y pensar”. La colaboración de Baroja no tendría mayor importancia si no incidiera en un tema bien conocido y casi familiar para él: el dolor, acerca del cual hizo su tesis doctoral en 1893. Tres años después, en 1896, publicó un resumen de su tesis con el título de *Estudio acerca del dolor*. Baroja, en el texto que nos ofrece en esta revista, insiste en su teoría de que no hay placer que proporcione conocimiento, en tanto que “hay muchos dolores que los dan más o menos exactos” (I, 431). “La desgracia –añade a continuación– enseña; la dicha no enseña nada. Es más fácil ser filósofo en la adversidad que en la fortuna” (I, 431).

Sin embargo, lo más destacado de Baroja en *Revista Nueva* fue su texto titulado “Patología del golfo”, aparecido en el número 4. Para Mainer, que se detiene expresamente en estas páginas, la crítica social que lleva y, sobre todo, la piedad por el golfo que denota, preludia “la creación de la espléndida y ya próxima trilogía *La lucha por la vida*” (I, 51). En tal sentido, resulta necesario remontarse al primer número de *Revista Nueva*, al artículo de Baroja que lleva por título “Nietzsche y su Filosofía”. Don Pío, como él mismo admitió en sus *Memorias*, aún no había leído al pensador alemán, sino a través de ciertos comentarios publicados en francés. Eso explica que se equivocara por completo en sus predicciones al enunciar que “en España las ideas de Nietzsche no

echarán raíces; cuando aquí se traduzcan sus obras, si es que se traducen, Nietzsche habrá pasado de moda” (I, 26). Pero lo que aquí nos interesa es el hecho siguiente: a mitad del ensayo, Baroja interrumpe su discurso y, como si se tratara de un aparte teatral, aunque sin perder del todo el hilo principal de su exposición, introduce el siguiente texto, mucho más en consonancia con lo que habría de ser su obra literaria, a punto ya de cuajar:

Ahora mismo, mientras escribo estas líneas estoy viendo desde mi ventana una turba de chiquillos descalzos, desarrapados, que se ocupan en meter leña en una tahona. Son seis o siete. Les han ofrecido algunos mendrugos de pan, por hacer ese trabajo. La infancia es para ellos un horror; no tienen ni caricias de madre, ni hogar, ni alegría, ni sueños, ni nada; la naturaleza, esa prostituta fecunda, les ha colmado de miserias y de tristezas.

*Ante esos desdichados el Zarathoustra de Nietzsche tendrá el supremo mérito de no dirigirles ni una mirada de compasión, ni una mirada de piedad; al contrario, se entretendría en hacerles sufrir más, o en desarrollar sus vicios y sus malas pasiones como ese personaje idiota de la novela *A rebours* de Huysmans.*

Y, sin embargo, si Nietzsche pudiera verlos, aunque atrincherado en su indiferencia por el prójimo y en su egotismo, como los veo yo, descalzos, desarrapados, harapientos, sentiría su corazón de hombre rebosando piedad, la piedad dulce de la moral de los esclavos, la piedad generosa que sienten y aconsejan las grandes almas y de los grandes genios (I, 27).

Curiosamente, el texto “Patología del golfo” no lleva la firma de Pío Baroja, sino la del doctor Baroja. Si bien es necesario aclarar que, según los datos que nos ofrece la *Guía de Pío Baroja*, llevada a cabo por su sobrino Pío Caro Baroja, el 10 de septiembre de 1895 renuncia a su plaza de médico en Cestona, que le había sido concedida en agosto del año anterior.

Baroja deja bien claro que el golfo “no es un producto exclusivo de la clase pobre. El golfo no es un mendigo, ni un ratero, ni un desocupado: es una forma que ha nacido de nuestro raquíptico medio social, es un tipo separado por una causa cualquiera de su medio ambiente y que reúne en sí mismo todas las aspiraciones de su clase” (I, 146). La democracia es para don Pío una de las principales causas de la golfería: “La democracia nuestra, la que gastamos en España, me parece la institución más estéril, la más superficial y estúpida” (I, 147). Tras ofrecernos el doctor Baroja su diagnóstico propone el siguiente tratamiento. Uno, terapéutico: educando. Otro, higiénico: ahorcando. Y concluye del modo siguiente: “Se me ocurre una duda. Si los políticos y los directores de la farsa social pudieran y quisieran exterminar a los golfos ¿no correrían el peligro de exterminarse a sí mismos?” (I, 154).

“Patología del golfo” fue, sin lugar a dudas, un texto anticipativo de las novelas que forman la trilogía *La lucha por la vida*; es decir, *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora Roja*, aparecidas, todas ellas, en 1904. En su colaboración de *Revista Nueva*, Pío Baroja recopila algunas de las palabras y frases favoritas empleadas por estos golfos, como

aluspian, estar al file y andar a la busca. También se intuye, cómo no, su *Silvestre Paradox* donde Baroja habla ya de una Providencia protectora especial de los golfos y de los abandonados, “lo que no impide que de cuando en cuando les deje morir de hambre para que aprendan” (105).

Las colaboraciones en *Revista Nueva* de Martínez Ruiz, Valle-Inclán y Maeztu tienen menos interés que las llevadas a cabo por Unamuno y Baroja. Valle-Inclán había llegado a Madrid en el invierno de 1896. Por entonces ya había publicado un libro de cuentos titulado *Femeninas* (1895). Cobró fama y popularidad entre los escritores y la bohemia de Madrid a partir de su conocida pelea a bastonazos con el también escritor Manuel Bueno y la consiguiente amputación de su brazo izquierdo. Entre los números 6 y 9 de *Revista Nueva*, Valle-Inclán publica una novela por entregas titulada “Adega (Historia Milenaria)”. Para Felipe B. Pedraza el origen de su libro de 1904, *Flor de santidad*, “hay que buscarlo precisamente en *Adega*, que “al reelaborarlo se convirtió en una novela” (647). *Adega* ya contiene la prosa poética y descriptiva que habría de caracterizar la mayor parte de las obras de Valle-Inclán, sobre todo en su etapa modernista.

Como Valle-Inclán, Martínez Ruiz llega a Madrid a finales de 1896, y de modo inmediato comienza a colaborar en *El País* a las órdenes de Alejandro Lerroux. Entre 1897 y 1899 publica una colección de cuentos, *Bohemia*, fragmentos de un curioso diario titulado *Charivari*, y tres folletos que llevan por título *La evolución de la crítica*, *Sociología criminal* y *Los hidalgos*. En cuanto a su ideología, recordemos que en 1897 se vincula estrechamente al republicanismo federal por cuyo líder, Pi y Margall, Azorín siente una admiración profunda. Hasta 1900, Azorín pertenece al partido federal de Alicante, aunque ya vive en Madrid. Martínez Ruiz comienza su andadura en *Revista Nueva*, donde no se le trató demasiado bien, cuando esta publicación cumplía sus últimos meses de vida. En su número 24 publica una reseña del libro de Urbano González Serrano *Preocupaciones sociales*, donde Azorín demuestra ser un sutil y gran lector, al tiempo que ya se vislumbra claramente su estilo preciso, su amplio y bien seleccionado vocabulario. “La energía española” es el título de su siguiente colaboración en *Revista Nueva*, en el número 27 de la misma. Se trata de un texto de no poco interés si tenemos en cuenta que Martínez Ruiz, por un lado, anuncia la aparición inmediata de su próximo libro, *El alma castellana* (1900), al tiempo que presenta al lector una relación de sus escritores predilectos: Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de Granada y Vicente Espinel, cuyo *Viaje entretenido*, indica Azorín, es “sin duda el más admirable libro picaresco de nuestra literatura” (II, 176).

Ramiro de Maeztu es el único componente del grupo del 98, que ya se perfilaba a finales del siglo XIX, que no se desentendió de lo que en ese instante estaba sucediendo en la sociedad, la economía, la política y la cultura de una España que seguía buscando con urgencia una fórmula para salir de la crisis. Como ya es sabido, muchas de sus propuestas –en parte, recogidas en sus colaboraciones en *Revista Nueva*– coinciden con

las que alentó el llamado Regeneracionismo. José Carlos Mainer, en el estudio preliminar de esta publicación decenal, hace hincapié en la extraña y curiosa ideología de Maeztu, “un peculiar marxismo teñido de Nietzsche” que “le hacía ver con entusiasmo perfectamente idéntico la fase imperialista del capitalismo y el paralelo nacimiento del poder proletario: la misma belleza tenía el esfuerzo tenaz del empresario y la hosca rebeldía del obrero contra su destino, quizá en la medida en que ambas podían armonizarse en un nuevo ser moral” (I, 55-56).

Maeztu, en su texto titulado “El ensueño hidráulico” (*R.N.*, 10), anticipándose en más de un siglo a lo que en la actualidad está provocando una gran polémica y un profundo debate entre las distintas comunidades españolas, habla de canalizaciones, de trasvases y, sobre todo, de la importancia del agua para el desarrollo agrícola de nuestro país: “No es que yo califique de ensueño la canalización de nuestros ríos. Entiendo que se trata de una cuestión hacedera, inaplazable, de necesidad absoluta, no tan sólo para las tierras áridas de la gran meseta castellana, sino hasta para las regiones industriales del litoral, necesitadas de mercados que las comarcas agrícolas, en su pobreza supina, no pueden ofrecerles para compensar la pérdida de las colonias” (I, 446). No menos actuales son sus ideas, recogidas en “La Nación contra el Estado” (*R.N.*, 17), sobre la necesaria solidaridad que ha de existir entre las distintas regiones españolas, a pesar, puntualiza Maeztu, de los distintos idiomas que en estos lugares se hablan.

A modo de conclusión, digamos que *Revista Nueva*, que desaparece definitivamente en diciembre de 1899, reunió entre sus colaboradores a lo más granado de lo que, no muchos años después, se conocería como Generación del 98. Es una etapa en la que aún existe una estrecha relación noventayochesco-modernista, en la que se está fraguando, de modo definitivo, la vocación literaria de autores como Baroja, quien tras haber intentado ganarse la vida como médico, como panadero o jugando a la bolsa, decide dedicarse en cuerpo y alma a la literatura

A través de *Revista Nueva*, se nota, a pesar de la crisis un afianzamiento en las letras españolas, en las que se están fraguando “individualidades poderosas”, así calificadas por José Carlos Mainer. Individualidades que, ya por entonces, se enfrentan entre sí con encendidas polémicas.

Todos los autores a los que nos hemos referido en este trabajo, sin excepción alguna, pasan por una etapa difícil en sus propias vidas (todos ellos, recordemos, Maeztu, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán y Martínez Ruiz, llegan desde la periferia a Madrid en el último lustro del siglo XIX), y también desde el punto de vista ideológico. Es una etapa de cambios continuos no sólo en la parcela literaria, sino también en lo político y en lo social, y este aspecto queda reflejado a la perfección en la actitud vacilante de la mayor parte de esta futura Generación que, ya por entonces, cuando estaba a punto de finalizar el siglo, comenzaba a distinguir, con una sorprenden claridad, las voces de los ecos.

Obras citadas

- Baroja, Pío. *Desde la última vuelta del camino. Memorias*. Barcelona: Planeta, 1970.
- _____. *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*. En *Obras Completas*, Vol. II, 2ª ed. Madrid: Biblioteca Nueva, 1987.
- Caro Baroja, Pío. *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano*. Madrid: Caro Raggio/Cátedra, 1987.
- Pedraza, Felipe B. y Rodríguez, Milagros. *Manual de literatura española. Generación de fin de siglo: Introducción, líricos y dramaturgos*. Pamplona: Cénlit, 1986.
- Revista Nueva*. Ed. José Carlos Mainer. Barcelona: Puvill, 1979.
- Vilanova, Antonio. *Nueva lectura de "La Regenta" de Clarín*. Barcelona: Anagrama, 2001.